233

Zapata, Marcos, 1545-1614

El Castillo de Simancas

572
[16]

EL CASTILLO DE SIMANCAS

DRAMA HERÓICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

La acción en el castillo de Simancas. — Época de Carlos V

PERSONAJES	ACTORES
Doña María de Mendoza.....	D.ª Teodora Lamadrid
Isabel, hija del conde de Benavente.....	Elisa Boldún
Fulgencia, sirvienta del conde..	N. Domínguez
Don Pedro Maldonado Pimentel	D. Antonio Vico
El Conde de Benavente.....	Julio Parreño
Fr. Manuel Maldonado Pimentel	Leopoldo Burón
Téllez, capitán de armas.....	José Alisedo
Montalbán, licenciado.....	Alfredo Maza
Fernan-Gómez de Herrera, comisionado de Carlos V.....	N. López
Un paje.....	Sr. Martínez

Soldados, comuneros, pajes, guardias, gente del pueblo

Esta obra se representó por primera vez el 22 de Marzo de 1873, en Madrid, en el Teatro Español.

El Castillo de Simancas

ACTO PRIMERO

Salón gótico á todo foro. Balcón á la derecha, en segundo término. Puertas á la izquierda en primero y segundo término. Mesa con tapete y sillón

ESCENA PRIMERA

TÉLLEZ y MONTALBÁN

MONTAL. ¡No es posible, amigo Téllez;
no es posible, no hay remedio!
La independencia española,
la integridad de este reino,
hasta el aire, ¡voto á cribas!
todo se vuelve flamenco.
TÉLLEZ ¡Buena la hicimos!
MONTAL. ¡Qué diantre!
Nuestra es la culpa, y bien hecho.
Nerón incendiando á Roma,
fuera no más un remedo
de crueldad y barbarie.
A ser yo Cárlos primero...
TÉLLEZ ¡Montalbán, Dios nos asista!
MONTAL. Dios no asiste á los perversos:
donde se engendra un tirano
no puede haber nada bueno.
La traición, la cobardía,
la doblez, el fraude, el miedo...
vicios y crímenes solo
se ven hoy en torno nuestro;

que así como se desploma
el árbol más gigantesco
cuando deja de afluir
la savia á su tronco seco,
así también las naciones
se desploman con estruendo
cuando falta el patriotismo,
que es la savia de los pueblos.

TÉLLEZ Tienes razón.

MONTAL. ¡Oh, vergüenza!
¿Y es este el clásico suelo
del gran Gonzalo de Córdoba
y la patria de Cisneros?

TÉLLEZ ¡Cisneros! ¡Patriarca ilustre,
sombra de mejores tiempos!
Si él viviese todavía...

MONTAL. ¿Vivir, y vivir en medio
de un volcán sin abrasarse?
¿Hundirse en el ancho seno
de las espumosas aguas
del cántabro turbulento
sin perecer? ¡Imposible!
Sobran en Flandes venenos,
sobran Jevres en Castilla,
sobran traidores...

TÉLLEZ Lo creo.

MONTAL. Y si cien veces naciera,
cien veces la hubiesen muerto.

TÉLLEZ ¡Qué ingratitud!

MONTAL. ¡Qué perfidia!

TÉLLEZ ¡Qué baldón!

MONTAL. ¡Qué sacrilegio!

TÉLLEZ ¿Qué sacan los grandes hombres
del mundo?

MONTAL. Cuando son buenos,
nada, ni un trozo de mármol:
el olvido más completo. (Transición.)
¡Entra en la villa de Roa,
acércate al monasterio,
busca después en su iglesia
el sepulcro de Cisneros,
y allá en el fondo de un claustro
de agrietado pavimento,
verás al pié de un altar
unos pobres azulejos;

no preguntes, allí yace,
allí descansan sus restos!

TÉLLEZ El conquistador de Orán.

MONTAL. ¡La honra de España!

TÉLLEZ ¡Qué premio!

MONTAL. El premio que alcanzan siempre
ciencia, virtud y talento,
desde Séneca y Platón,
al cardenal de Toledo.
En cambio al divino Jevres,
ese ministro flamenco,
azote de nuestro Erario
y escándalo del gobierno,
que cayó sobre Castilla
como un tigre carnicero,
de jaspe, pórfido y bronce
se le erige un monumento
á costa de tu soldada
y á expensas de mi dinero.
¿Qué tal?

TÉLLEZ ¡Parece mentira!

MONTAL. Pues es verdad, y bien hecho,
y caiga sobre nosotros
tanta infamia y vilipendio.
¿Qué no merece un esclavo
que hace ostentación de serlo,
y en vez de azotar la frente
del déspota con el hierro
que lo flagela y lo encorva
y lo arrastra por el cieno,
dócil se inclina á sus plantas,
se deja hollar...

TÉLLEZ ¡No hables récio!

MONTAL. ¿Y festeja y vitorea,
retorciéndose en el suelo,
á ese orgulloso alemán
llamado Cárlos primero?
¿Qué es la España de ambos mundos?
¿Qué es la nación de otros tiempos?
¡Hoy provincia tributaria,
solo un cadáver!...

TÉLLEZ Es cierto.

MONTAL. ¡Uncida al carro imperial
la que volcó cien imperios!

TÉLLEZ ¡La favorita de Marte

sierva de un aventurero!

MONTAL. ¡La matrona de Numancia!

TÉLLEZ ¡La reina de un mundo nuevo!

MONTAL. Me place que así responda (Rápido.)
tu corazón comunero;
no refrenes sus latidos,
deja que estalle en el pecho
y que se rompa y reviente,
antes que callar de miedo.

TÉLLEZ ¿Miedo? Jamás lo he tenido.

MONTAL. Ya lo sé.

TÉLLEZ Pues no lo entiendo.

MONTAL. Te ví en Medina del Campo
dar cuchilladas.

TÉLLEZ (Mirando receloso.) ¡Silencio!

MONTAL. Después en Valladolid,
y más tarde en Rioseco.

TÉLLEZ ¡Montalbán!...

MONTAL. ¿Qué, te arrepientes
de haber sido de los nuestros?

TÉLLEZ ¿Arrepentir? ¡Mal me juzgas!
Mira, y dí si me arrepiento.
(Enseñando una cruz roja que lleva en el pecho, bajo el coleto.)

MONTAL. ¡La cruz roja!

TÉLLEZ La cruz roja.

MONTAL. Pues entonces...

TÉLLEZ ¿Y qué esfuerzo,
qué poder hay en la tierra
cuando se abandona un pueblo?
La rota de Villalar,
la rendición de Toledo,
el desmayo de la Junta
y el general desaliento,
son un vivo testimonio
de lo poco que valemos.

MONTAL. Es verdad.

TÉLLEZ Todo imposible.

MONTAL. No hay remedio.

TÉLLEZ No hay remedio.
Provocar nuevos disturbios,
lanzarse al campo de nuevo
para venir otra vez
á morder el polvo.

MONTAL. ¡Cierto!

Una imprudencia sin fruto,
una locura.

TÉLLEZ Tal creo.
Entonces ¿qué es lo que intentas?
¿Qué quieres hacer?

MONTAL. Pues quiero
ejecutar en Simancas
un espantoso escarmiento.
¡Ya que el oro y la traición,
más que las armas vencieron;
ya que las comunidades
engendraron en su seno
muchos séres corrompidos,
apóstatas encubiertos
que hoy hacen alarde público
de su infamia y su comercio;
ya que no puede la sangre
derramada por el hierro
volver á inflamar las venas
del caudillo de Toledo;
ya que es Don Cárlos de Gante
señor y absoluto dueño
de la herencia de Pelayo,
y gime, y se arrasta el pueblo,
y zumba sobre nosotros
un enjambre de extranjeros,
solo un recurso nos queda
para vengar tanto duelo,
una obligación sagrada,
un alto deber!

TÉLLEZ No acierto...

MONTAL. ¡Perseguir á los traidores!
¡Esterminarlos!

TÉLLEZ Convengo;
dices bien. En tal empresa
te juro ser el primero.
Mas habla, explícate claro,
¿conoces alguno de ellos?

MONTAL. Como tú.

TÉLLEZ ¿Qué yo conozco?

MONTAL. Sí, por Dios, y no está lejos.

TÉLLEZ ¡Oh!... ¡Qué sospecha!

MONTAL. Bien vas.

TÉLLEZ ¡Maldonado!

MONTAL. El mismo.

TÉLLEZ ¡Cielos!
No es posible.—¿Maldonado
Pimentel... traidor?
MONTAL. Lo pruebo.
TÉLLEZ Calumnias del vulgo.
MONTAL. ¡Téllez!
TÉLLEZ ¿Quién osa contra Don Pedro
lanzar tan cobarde injuria?
¡Traidor!
MONTAL. Traidor; á no serlo,
el hacha de Villalar
le hubiera segado el cuello.
TÉLLEZ ¿Ignoras que Benavente
le salvó?
MONTAL. Vano pretexto.
TÉLLEZ No lo dudes, Montalbán.
MONTAL. ¿Qué es dudar, cuando sostengo
que gracias á su traición
pudo librar del Consejo
esa vida miserable,
y algo más que no sabemos?
TÉLLEZ Mal juzgas á Pimentel.
MONTAL. Mejor que tú.
TÉLLEZ ¿No está preso?
¿No tiene desde la rota
un castillo por encierro?
MONTAL. Traza urdida de antemano
para disfrazar los hechos.
TÉLLEZ ¡Traza... y perdió su fortuna!
¿Acaso se le ha devuelto,
ni hacienda, ni mayorazgo,
y va ya para año y medio
que el fisco le despojó
sin tregua ni miramiento?
MONTAL. Entonces, ¿cómo se explica
su salvación?
TÉLLEZ Eres terco;
por una causa sublime,
por un dulce sentimiento
que hace en el mundo milagros:
por el amor.
MONTAL. No lo entiendo.
TÉLLEZ ¡Yo sé de la hija del Conde
que le profesa á Don Pedro
un entrañable cariño!...

Aquí tienes el secreto.

MONTAL. Aunque así sea, ¿presumes
que se disculpan con eso,
ni la lealtad del héroe,
ni la honra del caballero?
¡Por encima del amor
está la patria! ¿Qué ejemplo
de su cívica virtud,
de su generoso aliento,
legar podrá á Salamanca
su capitán predilecto?
Antes que aceptar bajezas,
antes que ceder al ruego
del amor, antes que todo,
debió morir, que no es bueno,
ni es leal, ni honra merece,
ni pudo ser comunero,
quien se mostró tan cobarde,
quien no reclamó su puesto
en el glorioso martirio
de sus nobles compañeros.

TÉLLEZ No te esfuerces, Montalbán,
es inútil.

MONTAL. Pues te advierto
que hoy amotino á Simancas,
y... ya sabes el objeto.

TÉLLEZ Harás mal.

MONTAL. En suma, Téllez,
¿cuento contigo ó no cuento?

TÉLLEZ De ningún modo.

MONTAL. Recuerda
tus palabras.

TÉLLEZ Las recuerdo.

MONTAL. Para exterminar traidores...

TÉLLEZ Te juro ser el primero.

MONTAL. Entonces rinde el castillo
y cumple tus juramentos.

TÉLLEZ Los cumpliré, cuando tenga
de la traición de Don Pedro
las pruebas que necesito.
¡Antes, jamás!

MONTAL. Te prometo
que han de ser tantas y tales,
que te dejen satisfecho,

TÉLLEZ Una sola, y me decido.

MONTAL. Dí, ¿te basta un documento
escrito junto al cadalso
en Villalar?
TÉLLEZ No lo creo.
MONTAL. ¡Por mi salvación te juro
que es verdad y que no miento!
TÉLLEZ ¿Y tú lo has visto?
MONTAL. Lo he visto.
TÉLLEZ ¿Dónde?
MONTAL. Sin salir del pueblo.
TÉLLEZ ¿Y cómo?
MONTAL. Por una dama
que conoce mucho al preso,
y que ofrece generosa
sus joyas y su dinero,
para arrasar el castillo
y esterminar á Don Pedro.
TÉLLEZ ¡La prueba! ¡La prueba!
MONTAL. (Señalando á la izquierda.) ¡El Conde!
ya la verás; hasta luego. (Váse por el foro.)

ESCENA II

TÉLLEZ y EL CONDE DE BENAVENTE,
el Conde leyendo un pliego, silencioso y abstraído, hasta llegar á la mitad del proscenio; Téllez junto al foro.

BENAV. (Dos tiros de falconete
del castillo de San Telmo...)
TÉLLEZ Señor...
BENAV. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?
TÉLLEZ (Fuera un crímen mi silencio.)
Sabed, señor, que en la villa
se prepara un alzamiento
contra nosotros.
BENAV. ¿Qué más?
TÉLLEZ Que sin pérdida de tiempo
hay que tomar precauciones,
porque va á estallar...
BENAV. No temo;
¡alguna turba!
TÉLLEZ Pudieran
ser más graves los sucesos.
Se dice, públicamente,
sin rebozo y sin misterio,

que se ha fraguado el motín
para arrancarnos el preso.

BENAV. ¡Imbéciles!

TÉLLEZ Y se anuncia
que esta tarde...

BENAV. ¿Sí? Me alegro.
Antes que cierre la noche
quedará el motín deshecho
sin disparar ni una bala.

TÉLLEZ ¡Cómo, señor!

BENAV. Por un medio
infalible. ¿Qué se intenta?
¿Libertar al prisionero?
¿Quién más que yo lo ambiciona?
¿Quién tiene mejor deseo?
Deja que truene Simancas,
que estalle furioso el pueblo.
¡Cuanto más hierva en sus iras,
mayor será mi contento!...
Hoy firma el emperador
la libertad de Don Pedro.

TÉLLEZ ¿Su libertad?—¡Señor Conde,
lleva el motín otro objeto!

BENAV. ¿Qué dices?

TELLEZ Que en esas turbas
arde quizás el infierno.

BENAV. ¿Pues qué buscan? ¿Qué desean?

TÉLLEZ ¡Su muerte!

BENAV. ¿Su muerte? (¡Cielos!)
Es increible.

TÉLLEZ (Veamos.) (Con intención.)
Se agitan con el pretexto
de que les fué en Villalar
traidor á los comuneros.

BENAV. ¿Traidor él? ¡Y aun me figuro,
¡vive Dios! que lo estoy viendo
herido y ensangrentado
entre aquél montón de muertos!
¿Traidor él? ¡Y parecía
otro Cid en campo abierto!
¿Ser el último en rendirse,
ser en la lucha el primero
y acusarle de traición?
¡Que no lo sepa Don Pedro!
Téllez, y si acaso notas

el asomo más pequeño
de gentes amotinadas,
no desperdicies el hierro.
¡Para curar ciertos males,
no hay como sangrar á tiempo!

TÉLLEZ Descuidad... que así lo haré.

BENAV. Dobla la guardia.

TÉLLEZ Al momento.
(Si vuelve aquí Montalbán,
por mi ánima que le cuelgo.) (Váse foro.)

ESCENA III

EL CONDE

Pero, señor, ¿es posible
tanta injusticia? ¿Qué es esto?
¡Traidor!... ¡Traidor Pimentel,
porque el espantoso acero
no ejecutó en su cabeza
la sentencia del Consejo?...
¡Así se juzga en el mundo!
¡Así discurren los pueblos!
(Junto al balcón y apostrofando á Simancas.)
Simancas, ¿acaso puede
tu espíritu turbulento
penetrar en la conciencia
de aquél que obligó al gobierno
á otorgarle en Villalar
el perdón de un comunero?...

PAJE ¡Señor! (Al foro.)

BENAV. ¿Quién va?

PAJE Con urgencia
y á solas suplica veros
un faile de San Francisco.

BENAV. Díle que pase al momento.
(Váse el paje.)

ESCENA IV

EL CONDE y FRAY MANUEL MALDONADO

Este queda en el foro, cubierta la cabeza con la capucha del hábito, mirando fijamente al Conde, quien da señales de curiosidad y confusión. Al descubrirse, el Conde retrocede asombrado

BENAV. ¡Fray Manuel!

FR. MAN. Fray Manuel.
BENAV. ¡Oh, Virgen santa!
FR. MAN. ¿Tal sorpresa mostrais?
BENAV. ¿Y á quién no espanta
vuestro imprudente arrojo?
FR. MAN. Dios me escuda...
BENAV. Vuestra insensata aparición...
FR. MAN. ¿Sin duda
porque tengo el cuchillo á la garganta?
BENAV. Olvidais el Consejo...
FR. MAN. Frente á frente
para aplacar su cólera terrible,
un brazo se alzará; brazo potente
que en Villalar triunfó. (Ironía.) ¿Cómo es posible
que acudiendo al favor de un Benavente
tema nadie volver de tierra extraña,
cuando puede mofarse del gobierno
y aun de la misma majestad de España?
BENAV. ¡Siempre duro y mordaz!
FR. MAN. Y siempre osado
para llamar sin miedo y rostro á rostro
las cosas por su nombre.
BENAV. ¡Maldonado!
FR. MAN. A la virtud, virtud; al crimen, crimen,
y al traidor como vos...
BENAV. ¡Por Cristo vivo!...
FR. MAN. Traidor á boca llena,
aunque después me arrojen de una almena.
BENAV. No es posible, señor, tanta osadía,
ni en sano juicio, ni en razón serena.
¿Qué es esto? ¡Vive Dios! ¿La cortesía
prescribe tan soez comportamiento?
FR. MAN. Ceremonioso andais, por vida mía.
BENAV. Y vos desmesurado.
FR. MAN. Pues lo siento.
Así he de hablar, sin arte y sin mesura;
con noble estilo y con palabra dura,
como habla la honradez escarnecida,
como hablan la razón y la bravura
en presencia de un alma corrompida.
BENAV. Los insultos de un loco
no inspiran más que lástima.
FR. MAN. Despacio;
yo pruebo cuanto digo,
y aquel que muestra la verdad patente,

ni insulta, ni está loco, Benavente.
¿Sabeis quién es el loco y quién insulta
cobarde y criminal, al mundo entero?
¡Quien como vos, en su maldad oculta,
osa vender su patria al extranjero
y en su propia deshonra la sepulta!

BENAV. ¿El bando comunero
es la patria quizás?

FR. MAN. Tanta osadía
solo cabe en un pecho envilecido.
¿Por qué si vuestra infame apostasía
tan pronto dió al olvido
los sangrientos motines de Mayorga,
todo por vos dispuesto y dirigido
en contra del monarca, no enrojece
de vergüenza y horror vuestro semblante
al ver la España de hoy, que más parece
colonia conquistada
que nación en dos mundos asentada?

BENAV. ¡Fray Manuel!

FR. MAN. ¡Qué ignominia!
¡Qué baldón para el pueblo castellano!
Su gobierno, su corte, su nobleza,
hasta su mismo idioma,
todo pierde su lustre y su grandeza;
pues semejante á Roma,
al humillar España su cabeza,
sepulta en el abismo
su pueblo y su corona á un tiempo mismo.
¡Que el bando comunero no es la patria!
¡No es la patria! Y vosotros los magnates,
los altos dignatarios, los que siempre
tuvísteis del gobierno el monopolio,
vinculadas las rentas del Erario,
y hasta en perpétua servidumbre el sólio...
¿por qué cuando ese príncipe altanero
partió para Aquisgran, en su defensa
no desnudásteis el mortal acero,
ahogando en las entrañas de Castilla
el naciente partido comunero?

BENAV. ¡Oprobio y maldición!

FR. MAN. ¡Cuándo del mundo
se verá desterrado el egoismo!
A esa turba alemana
que os arrancó, para baldón eterno,

con la augusta tutela soberana
las altas dignidades del gobierno;
á ese monarca altivo y desdeñoso
que os trató sin respeto ni clemencia,
poniendo vuestros timbres y blasones
bajo el peso brutal de sus legiones,
ó á los piés de una estúpida regencia,
no podíais sufrir sin menoscabo
de vuestra propia suerte;
si en España surgía otra nobleza,
derechos caminábais á la muerte!
Tal pensásteis, y en rápido coraje
y en fiera enemistad, trocando luego
vuestro apoyo servil, con odio ciego
jurásteis quebrantar el vasallaje
y pedir en los campos de batalla
satisfacción cumplida á tanto ultraje.
¡Y astutos y medrosos,
en torres y castillos sepultados,
solo esperábais la ocasión propicia
para lanzar los pueblos enconados
y las masas sedientas de justicia
en contra del monarca y sus privados
y en pró de vuestra sórdida avaricia!
La espléndida corona de Alemania,
con su brillo y su pompa deslumbrante,
vino á caer para desgracia nuestra
en las manos del príncipe de Gante.
Orgulloso don Cárlos,
apareja su séquito brillante.
¿Quién se le opone á su ambición suprema?
Sin escuchar los ruegos de Castilla,
corre á ceñirse la imperial diadema.
Entonces, reventando
la cólera rugiente y espantosa
que hervía en vuestros pechos, esperando
tan feliz ocasión, lanzó furiosa
todo el volcán de su terrible saña
sobre ese pueblo, que al tronar en ira
hizo temblar los ámbitos de España.
Y villas y ciudades,
y montes y llanuras, repitiendo
el ronco grito de espantosa guerra,
al militar estruendo
responde el campesino en la alta sierra,

responde en su taller el artesano,
y hasta el templo de Dios, que el paso cierra
á la torpe ruindad del mundo vano,
su púrpura le arroja al comunero
para cegar los ojos del tirano,
y arrollarle la planta al extranjero! (Pausa.)
Tan fiera sacudida,
tan ruda convulsión, rompió en pedazos
esa masa de gente aborrecida,
esa turba que huyó despavorida
al verse fuera de los régios brazos.
¿Quién contrastaba el férvido torrente
que iba anegando el castellano suelo?
¿Quién defendía á su monarca ausente?
¿Dónde estábais vosotros?

BENAV. (¡Justo cielo!)

FR. MAN. ¿Dónde estaban los nobles, Benavente?

BENAV. ¿Y qué os importa á vos ni á España entera?

FR. MAN. El popular encono
impusiera respeto á Cárlos quinto,
ó lo hubiese volcado con su trono,
si la traición cobarde,
que para oprobio y eternal afrenta
siempre escondida en vuestras almas arde,
en vil mercado y miserable venta,
á quien tanto nos odia y nos humilla,
no entregara la suerte de Castilla.
El rey, que os aborrece
como el tigre á las hienas cuando buscan
los palpitantes restos de su presa,
pues reyes y señores,
tigres y hienas sois del pobre pueblo,
de ese pueblo que os presta sus fulgores,
su brillo, su existencia, su fortuna,
como á la opaca luna
el claro sol, sus limpios resplandores.
Aquél monarca desdeñoso y frío
que os cerró con las puertas de su alcázar
su favor, su amistad, su poderío;
aquél que os obligó con su injusticia
á romper con la espada el vasallaje,
á lanzar á los campos la milicia,
á encender en las turbas el coraje,
á espigar de soldados las almenas
y á quebrantar del pueblo las cadenas,

al ver que vacilaba su corona
delante del partido comunero,
y que era la nobleza castellana
su adversario más fiero
y el principal motor de la discordia,
con aparente muestra de sincero,
transige con vosotros,
os llama á la regencia,
os ofrece las llaves del Erario,
os brinda su gobierno y su privanza...
y entonces, ¡fementido!
doblando el cuello y la rebelde lanza,
sin honra y sin pudor, como bandidos,
arrojásteis la máscara insolente
de vuestra infamia vil, y revolviendo
el torpe brazo y las traidoras armas
que amenazaron, con feroz encono,
arrebatar su cetro á Cárlos quinto
y hacer astillas su maldito trono,
sobre la madre patria
caísteis despiadados,
abriendo en sus entrañas ancha herida
y arrollando á ese pueblo moribundo,
¡á ese pueblo infeliz!... que no comprende
que después de sangrado, se le vende
por todos los poderes de este mundo.

BENAV. ¡No prosigais... ó juro por Dios santo!...
(Con furia.)

FR. MAN. Y pues fuísteis traidores (Con desdén)
lo mismo al rey que al pueblo,
lo mismo en Villalar contra Padilla
cambiando la cruz roja por la blanca,
que en contra del monarca de Castilla
agitando el motín de Salamanca;
y pues fuísteis perjuros
al romper con la espada el vasallaje,
y alevosos, y pérfidos, y viles,
acuchillando ciegos de coraje
á esas pobres ciudades sublevadas
y á vuestras mismas huestes engañadas...
¿qué sois? ¿de qué servís? ¿quién no aborrece
al tigre que de sangre se alimenta?
¡Desleales al rey que os ennoblece,
traidores con el pueblo que os sustenta,
cáncer que pudre, mancha que envilece,

baldón de España y de Castilla afrenta!...
Tal sois, tal os mostrais. Mas todo acaba,
todo fina y concluye:
el humano poder ¿qué significa?
Sombra es no más que ante los siglos huye,
ó fantasma que en humo se convierte
al soplo irresistible de la muerte.
¡Oh! Sí, también vosotros
pasareis como la hoja que arrebata
furioso el huracán, y entonces fiera
atronará vuestro sepulcro helado
la maldición del mundo y de la historia...
¡Supremo tribunal de lo pasado
que reparte las palmas de la gloria
y avienta las cenizas del malvado!

BENAV. ¿Echásteis fuera ya todo el enojo
de ese fiero carácter irascible,
más propio del infierno que del claustro?
¿Vos ministro de Dios? Es imposible.
¡La amenaza, el insulto, la violencia!
¡Proseguid, Fray Manuel!

FR. MAN. ¡Cuánto cinismo!

BENAV. No temais que se apure mi paciencia.

FR. MAN. Se apure ó no se apure, me es lo mismo.

BENAV. En suma, ¿qué quereis?

FR. MAN. Así me place.
La entrega de mi hermano.

BENAV. ¡Arrogancia pueril!

FR. MAN. ¡Tened presente
que no resuena aquí la voz que implora,
sino la voz que manda!

BENAV. ¡Dios clemente!
¿Olvidais, Fray Manuel, que estais hablando
al jefe militar de este castillo,
y en presencia de un hombre que si quiere
os puede exterminar?

FR. MAN. ¡Haced la prueba...
porque á enseñaros voy cómo se muere!

BENAV. Me basta una señal.

FR. MAN. No se retarde.

BENAV. ¡Fray Manuel!

FR. MAN. ¡La señal, y sepa el mundo
que además de alevoso sois cobarde!

BENAV. ¡Hola! (Llama.)

FR. MAN Llamad, llamad, tranquilo espero.

(Aparecen dos soldados.)
Solo arredra la muerte á los malvados,
al traidor como vos, al pordiosero
que arrastra por el fango su nobleza,
mendigando el favor de un extranjero.
¡Que salte mi cabeza,
que despeñen mi cuerpo en hondo abismo!
¡Ya que á mi hermano en Villalar robasteis
la gloria de morir con heroismo
en holocausto de la patria mía
y en desagravio de mi ilustre raza,
salga á torrentes mi copiosa sangre,
siegue mi cuello la mortal cuchilla!
¡Que no se espanta la virtud del crímen,
ni tiembla en su cadalso Juan Padilla!
¡No vacileis, pues por distintos fines
ambas su aliento nos legó Castilla;
á vos, para venderla torpemente,
y á mí para execraros frente á frente!

BENAV. Dad gracias á Don Pedro,
si no arranco esa lengua maldiciente.
Una escolta, y echadle de Simancas.
(Á los soldados.)

FR. MAN. Que me arrastren difunto,
que me lleven si os place entre cadenas,
yo os prometo volver...

BENAV. ¡Llevadle al punto!

FR. MAN. ¡Os he de hacer ahorcar en las almenas!
(Se le llevan los soldados.)

ESCENA V

BENAVENTE

¡Fatalidad impía!
Parece que el infierno
se viene conjurando en contra mía.
¡Traidor, infame, vil!... Ha dicho poco,
tiene razón el fraile, no está loco.
Apenas el monarca,
César y rey á un tiempo,
del Cántabro en la orilla desembarca,
cuando ya se difunde
con mayor osadía y furia doble,
por todas las esferas del Estado

ese poder exótico y malvado
que huella aquí desde el plebeyo al noble.
¡Funesta ingratitud! Si Cárlos quinto
olvida las recientes tempestades
que nublaron los cielos de Castilla,
si rechaza la mano poderosa
que supo derrotar á Juan Padilla,
salvando en la pendiente desastrosa
su vacilante sólio,
¿qué logramos entonces? ¿De qué sirve
nuestra torpe mudanza?
El descrédito abajo, el ódio arriba:
¿qué va á ser de nosotros? ¿Quién alcanza
á medir ese piélago espantoso
que ruge á nuestros piés? ¡Horror profundo!
Sin norte y sin bajel, y entre las olas
de ese pueblo iracundo,
si el sólio en extranjero se convierte...
¿qué camino nos queda en este mundo?
¡Uno solo! ¡Gran Dios!... ¡El de la muerte!

ESCENA VI

BENAVENTE y TÉLLEZ

TÉLLEZ (Desde el foro.)
¡Señor!
BENAV. ¡Hola! ¿Qué hay de cierto
en Simancas? La verdad.
TÉLLEZ Que es grave la novedad
para estar al descubierto.
Con insensato cinismo
se agita la población
dispuesta á la rebelión,
que puede estallar hoy mismo.
BENAV. ¡Qué estalle! Cosa sencilla:
si vienen á provocar,
se hace un castigo ejemplar
y queda en calma la villa.
TÉLLEZ ¿Y si ese motín abarca
más de un pueblo?
BENAV. No es creible.
¿Tras de la rota?... ¡Imposible!
No se mueve la comarca.
TÉLLEZ Pues yo sospecho que sí,
á juzgar por la apariencia.

Se nota gran afluencia
de extrañas gentes aquí.
Corre el dinero á raudal,
compran armas, hay bullicio,
y se habla récio y sin juicio
de la majestad real.
Y no fuera cosa extraña
que ese maldito trastorno,
hallando eco en el contorno,
se extendiese por España.

BENAV. No tal.

TÉLLEZ Pues yo así lo espero.

BENAV. ¿Por qué?

TÉLLEZ La razón me sobra
para creer que esto es obra
del partido comunero.
Se cuenta como seguro
que entran en la Aljafería,
castillo en la cercanía
que tiene un monte por muro.
Y que las comunidades,
para coronar su intento,
esperan el alzamiento
de dos clásicas ciudades.

BENAV. Tras de Villalar no hay nada.

TÉLLEZ Pues dicen...

BENAV. ¿De qué te admiras?
Nadie forja más mentiras
que una turba amotinada.

TÉLLEZ Se habla en público también
de la aparición reciente
de una dama, que á la gente
da qué pensar.

BENAV. ¡Bueno, bien! (Con indiferencia.)

TÉLLEZ Y circula por la villa,
como opinión general,
que esa dama principal
es la viuda de Padilla.

BENAV. ¿Sí? Pues la opinión se engaña,
asegurártelo puedo;
la rendición de Toledo
le obligó á salir de España.
Pero aquí lo incomprensible
y lo absurdo está en saber
¿qué tiene el motín que ver

con Maldonado?... ¡Imposible!

TÉLLEZ Así parece, señor;
mas claman con ronco acento
que si triunfa el movimiento
lo degüellan por traidor.

BENAV. ¡Diente por diente se cobra!
No temas la tempestad,
que aunque pocos...

TÉLLEZ Es verdad,
somos buenos.

BENAV. Basta y sobra.
Desde el alta galería
con ojo avizor acechas,
y en vez de encender las mechas
y cargar la artillería,
dispones á manos francas
mucha cuerda.

TÉLLEZ Bien está.

BENAV. Pues hoy el cáñamo hará
un gran papel en Simancas.
No temas la rebelión
ni te espante ese tropel
mientras tengamos cordel
y hierros en el balcón. (Váse Téllez.)

ESCENA VII

BENAVENTE, aproximándose á la ventana

BENAV. ¡Simancas, si hoy turbulenta
muerdes el cetro imperial,
hallarás tras la tormenta
un desengaño fatal
y una página sangrienta!

ESCENA VIII

BENAVENTE, ISABEL y FULGENCIA

Isabel entra llorando. Benavente, al verla, corre á su encuentro. Fulgencia queda próxima á la puerta del foro

BENAV. ¡Isabel!

ISABEL ¡Padre del alma! (Abrazándole.)

BENAV. ¿Qué es esto? ¿Qué tienes, dí?

ISABEL No sé.

BENAV. ¿Lloras?
ISABEL ¡Ay de mí!
BENAV. ¿Tú afligida? ¿Tú sin calma?
Desahoga sobre mi pecho
tu dolor, que si al nacer
partí contigo mi ser,
¿quién hay con mejor derecho?
La misma sangre en herencia
y el mismo nombre llevamos.
¡Vamos, hija mía, vamos,
habla!... ¿Qué es esto, Fulgencia?
FULGEN. Yo, señor...
BENAV. En tí confío,
tú lo sabes.
FULGEN. Nada sé;
solo sí que la encontré
llorando al rayar el día.
ISABEL ¡Fulgencia!...
FULGEN. El balcón abrió,
y entre mortales congojas,
me dijo: ¡Mustias las hojas!
¡La gitana no mintió!
BENAV. ¿La gitana?... (Con extrañeza.)
ISABEL (¡Desdichado!)
BENAV. ¿Hojas mustias?...
ISABEL ¡Padre mío!
¡Mustias! Como si el estío
las hubiese aniquilado.
¡Oh, desventura maldita!
¡Volcán que en mis sienes arde!
Déjanos solos, más tarde (A Fulgencia.)
bajaremos á la ermita. (Váse Fulgencia.)
BENAV. Algún antojo pueril
que tus sentidos embarga.
ISABEL ¡Ojalá!
BENAV. Vamos, descarga
tu corazón juvenil.
ISABEL Escucha, padre y señor,
mi relato sin enojos,
y díme si son antojos
la causa de mi dolor.
Va para un mes, al entrar
en la ermita una mañana,
hallé una pobre gitana
de belleza singular.

—Dios os bendiga, murmura,
apoyada en el cancél.
—¿Quiere la noble Isabel
oir su buenaventura?
—¿La sabeis?—La sé de fijo:
una mano, y eso es llano.—
Calló, la tendí la mano,
quedó absorta, y luego dijo:
—¿Os arredra conocer
una terrible verdad?
—¡Alguna desgracia!... ¡Hablad!
¡Hablad! Lo quiero saber.
—Fijad los ojos aquí—
y mostró mi mano abierta.
—¿Veis esta raya cubierta
por otra de sangre?—Sí.
—¡Esto revela á mi juicio
que amais, y amais en mal hora;
pues vuestro amante, señora,
va á morir en un suplicio!—
Lancé un ¡ay! Me desmayé,
y tal fué mi desconsuelo,
que aunque dí en el duro suelo,
ni sentí, ni desperté...
¡pues hiriéndome á traición
aquél augurio fatal,
como una flecha mortal
se clavó en mi corazón!
Al recobrar el sentido,
hallé con pena tirana
en brazos de la gitana
mi cuerpo desfallecido.
—Oid, me dijo llorosa,
¡si quereis averiguar
la manera de evitar
esa desgracia horrorosa,
todas las noches del año
poned en este cestillo
y en un balcón del Castillo,
bien cubiertas con un paño,
unas hojas de laurel;
y si notais algún día
que pierden su lozanía...
rogad al cielo por él!—
Dijo, y del suelo se alzó,

puso el cestillo en mi falda,
¡adios! murmuró á mi espalda,
y del pórtico salió.
Seguirla quise y no pude;
¡pesaba como una roca!...
¡Quise llamar, y á mi boca
en vano el aliento acude!
¿Qué más? ¡Ni aun llanto tenía,
pues abrasado en mi frente,
como una lluvia candente
dentro del alma caía!
Adivinar no es posible
todo lo que yo sufrí,
ni el tiempo que estuve así
en situación tan horrible.
Solo, padre mío, sé
que convulsa y jadeante,
hice un esfuerzo gigante
y que al fin me puse en pié.
¡Y aún la sentencia maldita
me atronaba con sus ecos,
resbalando por los huecos
de la nave de la ermita!
¡Salí con planta insegura,
torné al castillo sin calma,
haciendo cárcel el alma
de tan negra desventura;
y desde entonces, luchando
con tan amargo interés,
todas las tardes del mes
voy las ojas renovando;
¡todas las tardes!... mas hoy,
hoy, cuando el alba su brillo
cernía sobre el castillo,
yo, que esperándola estoy,
como siempre, en triste vela,
por dar tregua á mis congojas,
si en el color de las hojas
un día más se revela,
presintiendo el desengaño
de mi pobre corazón,
abro trémula el balcón,
tomo el cesto, quito el paño,
y arrojo cesto y laurel
con espantosa agonía!...

¡Dios mío... la profecía!
¡Rogad al cielo por él!

BENAV. Vamos, juicio, y razonemos.

ISABEL ¡Le van á matar!

BENAV. ¿Quién, dí?
¿Acaso no soy yo aquí
el jefe? ¿No le tenemos
bajo nuestra autoridad,
seguro en este recinto,
hasta que dé Cárlos quinto
su perdón? La majestad,
¿podrá negar el indulto
que le pide Benavente,
sin hacer públicamente
á la nobleza un insulto?
¿No es esto verdad?

ISABEL ¡Quién sabe!
¡Dudo y tiemblo!

BENAV. Porque estás
fanatizada... ¿Qué más,
si del porvenir la llave
concede tu poco juicio
á una pobre embaucadora
que vive de lo que ignora
y que miente por oficio?
Si es para el sabio el mañana
como un horizonte oscuro,
¿qué verán en lo futuro
los ojos de una gitana?
Nadie, ni aun la ciencia en pos
de lo porvenir penetra
ese libro, cuya letra
solo es fácil para Dios.
Libro que arroja fatal
lo futuro en lo presente,
al impulso omnipotente
del dedo providencial.
Conque, ea, piensa y medita
y discurre como yo,
si hay verdad en lo que habló
la gitana de la ermita.

ISABEL Inútil convencimiento.

BENAV. ¡Isabel!

ISABEL ¡Triste experiencia!
¡A veces, más que la ciencia

alcanza el presentimiento!
Antes de amarle, le ví; (Frenética.)
antes de verle, le amé:
¿quién me lo dijo? ¡No sé,
el corazón que hay aquí!
Pues este loco á quien tratan
de enfrenar juicio y razón,
este pobre corazón
me está diciendo, ¡hoy le matan!

BENAV. Hoy le indultan.

ISABEL ¡Desconfío
de todo!

BENAV. Prueba palpable.

ISABEL ¿Quién lo anuncia?

BENAV. El condestable
en este pliego.

ISABEL ¡Dios mío! (Con alegría.)

BENAV. «Hoy firma el rey en Valladolid el perdón ge-
»neral. Dos cañonazos del castillo de San Tel-
»mo te anunciarán la libertad de Maldonado.»
«(Uno solo, su muerte.)» (Aparte.)

(Se oye la voz de D. Pedro que viene precipitadamente por la primera puerta de la izquierda. Benavente é Isabel se quedan petrificados de asombro.)

ESCENA IX

DICHOS y DON PEDRO

D. PEDRO ¡Atrás, déjame! (Dentro.)

BENAV. ¡Isabel!

D. PEDRO ¡Suspended la ejecución! (Dentro.)
¡Yo rechazo ese perdón! (Saliendo.)
¡Aquél es mi puesto, aquél!
¡Oh, ya es tarde! ¡Maldición!
(Cae en brazos de Benavente.)

ISABEL ¡Justo Dios!

BENAV. (¡Es singular!)
¡Eh, Don Pedro!...

D. PEDRO ¿Quién me nombra?
¿Quién eres? ¡Déjame andar;
no me toques, soy la sombra
maldita de Villalar!

ISABEL ¡Oh! Su razón se extravía.
¡Virgen Santa! ¡Madre mía!

D. PEDRO ¡Esa voz!

ISABEL ¡Pedro del alma!
D. PEDRO ¿Qué ángel el cielo me envía
que así mis pesares calma? (Levantándose.)
¡Isabel! ¡El conde! (Reconociéndolos.)
BENAV. Sí,
los dos.
D. PEDRO ¿Luego todo es falso?
¿Todo quimera? ¡Ay de mí!
¡Quimera! Y aún llevo aquí
(Restregándose los ojos.)
las bayetas del cadalso.
ISABEL ¡Oh, refrena tu ansiedad!
D. PEDRO ¡El rollo tras de la rota!...
BENAV. (¡Maldición! ¡Fatalidad!)
D. PEDRO El cadalso... la picota...
¡Oh! Sí, escuchad... escuchad.
(Pausa conveniente.)
Desde que la luz naciente
quebró su limpio fulgor,
sentí agolparse á mi frente
un rio de sangre hirviente
y un volcán abrasador.
Dejé el lecho al despertar,
sintiendo siempre sin calma
ese triste malestar
con que suelen comenzar
las tempestades del alma.
Salí con paso inseguro,
trémulo y desfallecido;
abrí la puerta del muro,
y sobre un peñasco duro
me recosté sin sentido.
No sé qué pasó por mí,
ni qué poder me rindió...
Luego me desvanecí,
poco á poco me dormí
y todo, ¡todo calló!
¡Cielo azul, campiña amena,
céfiro, ambiente, rocío,
puro sol, alba serena,
roca, foso, muro, almena,
todo cambia en torno mío!
¡De repente el sueño airado
me recordó el trance fiero
y el día desventurado

que en el rollo ensangrentado
murió el mejor caballero!
(Transición.)
Hallábame yo doliente
entre la escolta de gente
que á Simancas me traía,
cuando oí confusamente
voces en la cercanía.
«¿Qué es eso?» le pregunté
al que marchaba delante,
y con asombro noté
que recataba el semblante
y que hablaba no sé qué.
Sin comprender la razón
vuelvo y pregunto al de atrás:
«¿Qué es eso?» «¡La ejecución!
»¡Siga y calle la traición
»y no me pregunte más!»
Dijo; ¡y el rostro esquivando
huyó con la lengua muda!
Iba la escolta trotando
y mi razón zozobrando
entre el asombro y la duda.
En esto, rápidamente,
de la falda de una sierra,
sale un escuadrón de gente
que avanzando diligente
paso y camino nos cierra.
«¿Quién va?» gritan al chocar
ambos grupos con furor,
y responden al pasar,
«¡la víctima á Villalar!»
—¡De Villalar y el traidor!
¡Partieron, y en las montañas
zumbando el eco perdido
de aquellas frases extrañas,
como plomo derretido
fué cayendo en mis entrañas!
¡Luego un rio nos paró;
torcimos por la derecha;
toda la escolta pasó
sin riesgo la puente estrecha;
toda, toda, menos yo!
Pues al tocarla, estridente
crugió en sus altos pretiles,

y hundiéndose en la corriente
me gritó: «yo no soy puente
»de traidores ni de viles!»
¡Retrocedo... y no hay camino,
busco oriente y no le hallo!
Negra noche sobrevino,
y en alas de un torbellino
dió en Villalar mi caballo.
¡Todo en la sombra yacía,
y solo de cuando en cuando
el silencio interrumpía
una campana doblando...
triste... como el alma mía!
¡Lleno de angustia mortal
entro en la plaza... y me nombra
fatídico y sepulcral
un expectro, allá en la sombra
de aquella noche fatal!
¡Echando animoso á un lado
el terror que me embaraza,
convulso y desesperado
prosigo... y veo un tablado
en la mitad de la plaza!
Nunca lo viera, ¡ay de mí!
Inconsolables tristezas
que estáis rebosando aquí, (Al corazón.)
¿será verdad lo que ví?
¡La picota!... ¡Tres cabezas!
¡La de Juan Padilla estaba
en el garfio superior;
Bravo, el segundo ocupaba,
y el tercero... acaba... acaba...
pesadilla de mi horror!
¿Por qué tu luz no difundes
en las quimeras del sueño?
¿Por qué en el abismo te hundes
y otra y otras mil me infundes
con tan diabólico empeño?
(Transición)
¡Sacudido blandamente
abro los ojos despues...
y aun tengo el cadalso enfrente!
¡Benavente! ¡Benavente!
¿Quién es el otro?... ¡Quién es!
(Rumor y vocerío de gente que se aproxima al castillo.)

VOZ ¡Alerta! (Fuera.)
ISABEL ¡Jesús!
BENAV. (Estamos
en pleno motín.)
D. PEDRO (Asomándose al balcón.) Arrecia
y crece el rumor.
ISABEL ¡Oh! (Idem.)
BENAV. ¡Vamos!...
¡Alguna chusma!...
D. PEDRO ¡Salgamos!
BENAV. No tal; eso se desprecia.

ESCENA X

DICHOS, TÉLLEZ precipitadamente

TÉLLEZ ¡Señor!
BENAV. ¿Qué hay?
TÉLLEZ Sencillamente,
y á juzgar por lo presente
sin rodeos la cuestión,
poco muro y mucha gente
para tanta rebelión.
Oid. (Se oye rumor y estrépito de armas.)
D. PEDRO ¡Ya suben la cuesta!
¡Ya se aproximan! (Desde el balcón.)
TÉLLEZ (¡Cordel!) (Con sarcasmo.)
D. PEDRO ¡La cruz roja! (Con alegría.)
BENAV. ¡Hierro apresta! (A Téllez.)
TÉLLEZ (Me parece que en la fiesta
no hace el cáñamo papel.)
BENAV. Ya verán cómo les hablo
antes de darme á partido.
TÉLLEZ Eso nunca, ¡voto al diablo!
mientras nos quede un venablo
y un arcabuz encendido. (Váse.)
BENAV. ¡Oh! Ven, muchedumbre altiva;
ya mis cañones esperan
tu arrogante comitiva. (En el balcón.)
D.ª MAR. ¡Viva Juan Padilla!
VOCES ¡Viva!
UNO ¡Mueran los traidores!
VOCES ¡Mueran!
D. PEDRO ¡Traidores! (Con asombro.)
ISABEL ¡Padre! (Llena de terror.)

BENAV. Aquí están.
Dejadme: ¡Simancas alto! (Desde el balcón.)
MONTAL. ¡Muera el Conde! (Desde afuera.)
BENAV. Montalbán,
si en vuestro torpe desmán...
UNO ¡Al asalto!
D. PEDRO ¿Qué?...
TODOS ¡Al asalto!
BENAV. ¡Quien se atreva... que lo intente
y aprenderá... ¡por mi vida!
cómo trata Benavente
á la canalla insolente
y á la turba envilecida!
VOCES ¡Al muro! ¡Al muro!
BENAV. ¡No tal,
al foso! ¡Lo vais á ver;
á una voz, á una señal,
os puedo al punto barrer
como barre el vendabal!
VOCES ¡Arriba! ¡Arriba!

(Se oye estruendo dentro del castillo.—Sale Téllez precipitadamente.)

TÉLLEZ ¡Traición!
BENAV. ¡Téllez!
TÉLLEZ ¡Estamos vendidos!
BENAV. ¿Qué dices?
TÉLLEZ ¡El portalón
abierto!
BENAV. ¡Oh, fementidos!
TÉLLEZ Ya se acercan.
BENAV. ¡Maldición! (Gran confusión.)
MONTAL. Por aquí. (Fuera.)
¡Seguidme, entrad!
D.ª MAR. (Entrando al frente del pueblo y seguida de Montalbán.)
¡Ellos... él! ¡Tú los condenas!
(Mirando al cielo.)
¡Viva la comunidad! (Al grupo.)
¡La cruz roja en las almenas!
(Bajando hasta la batería.)
¡Temblad, malvados, temblad!
(Asombro general.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARÍA, DON PEDRO y BENAVENTE

Grupos del pueblo al fondo y á la izquierda, en primer término. Sale Doña María por la izquierda. Don Pedro y Benavente confusos y aterrados

D.ª MAR. Que nadie falte á su deber ni un punto.
(A los del fondo).
Orden, mesura, juicio y gran cautela.
Vosotros custodiad á esas mujeres
(A los de la izquiera.)
con el mayor respeto y diligencia.
(Entran por la puerta izquierda. Vuelve los ojos á D. Pedro y exclama adelantáudose furiosa y sarcástica)
¡Oh! á mis plantas, la traición y el crimen
deben morder el polvo.

VOCES (Fuera del castillo.) ¡Muera! ¡Muera!

D.ª MAR. ¿Escuchas ese grito?

D. PEDRO ¡Dios clemente!

D.ª MAR. ¡Es el pregón que anuncia tu sentencia!
¡Es el fallo terrible de Simancas,
que pide alborotado tu cabeza!

D. PEDRO Un momento no más, solo un instante,
para mostrar al mundo mi inocencia.
(Desconcertado.)

D.ª MAR. ¿Tú inocente?

BENAV. ¡Dios mio!
(Apoyado sobre la mesa)

D.ª MAR. Esfuerzo inútil.
¡Ni una sola palabra, ni una letra!
Sorda fué siempre la venganza al ruego;
implacable el instinto de la hiena.
Nada quiero escuchar, ni digas nada
á este insensible corazón de piedra.
El clamor de esa turba irresistible

es el fúnebre canto que te espera.
Prepárate á morir, no retrocede
el rayo que despide la tormenta.
¡Por aquí, Montalbán! (Desde el balcón.)

D. PEDRO ¿Estoy soñando?

D.ª MAR. ¡Te extremeces de horror!... escucha y tiembla.
(Desde el balcón á los amotinados.)
¡El cadalso en la plaza de la villa!
¡Sin retardar ni un punto la sentencia!

BENAV. ¡Maldición!

D. PEDRO ¡Por piedad!... ¡Solo un instante,
un momento no más!

D.ª MAR. ¡Alma perversa!
¿Tú invocas la piedad? ¿Tú solicitas
esa noble virtud de la clemencia?
Tienes razón: tu súplica comprendo;
¿qué malvado en el mundo no se aterra
al sentirse el cuchillo á la garganta,
si sabe que no muere la conciencia?
¡Oh! Si el alma se hundiese con la vida,
si fuese nuestro término la tierra,
¡qué dichosos serían los perversos,
qué desgraciada la virtud austera!
Por eso gimes tú, por eso clamas,
al tropezar sobre la tumba abierta,
pidiendo compasión inúltilmente.
¿Olvidaste quizá la noche negra
del triste Villalar?

D. PEDRO ¡Por Dios, señora!

D.ª MAR. ¿Olvidaste la rota que aún resuena
fatídica en los campos de batalla,
testigos de tus ínclitas proezas,
y cuya sangre hierve todavía,
enrojeciendo la pisada arena? (Transición.)
¡Ni espacio, ni piedad; tú lo quisiste,
tú inflamaste esas masas turbulentas
que rugen, como el mar alborotadas,
y al pie del muro con furor revientan;
tú rompiste las fibras de mi pecho,
trocando en hierro el corazón de cera;
tú erizaste de abrojos mi camino;
por tí renuncio á mi ventura eterna;
tú me arrancas el alma, y tú me haces
odiosa para siempre la existencia!
¿Y aún mi piedad reclamas? ¡Mal me juzgas,

mal conoces el odio de las hembras!
¡Suplica al huracán que se refrene,
manda que apague su volcán el Etna;
mas nunca á la mujer desesperada
que en su fatal venganza retroceda,
porque se arraigan en su blando pecho
el odio y el amor de igual manera!
Testigo es Dios de que la culpa es mía.

BENAV. Yo liberté en el rollo su existencia,
yo le traje después á este castillo...

D.ª MAR. Donde debió morirse de vergüenza,
al saber que su indulto fementido
le costaba á su primo la cabeza.

D. PEDRO ¡Dios mío! ¡Benavente... no es posible!
¡No es posible, Dios mío!

D.ª MAR. ¡Tu sorpresa
redobla mi furor! ¿Pues no se atreve,
miserable, á fingir en mi presencia
que ignora lo que sabe todo el mundo?
¡Me pasma á la verdad tanta miseria!
Mas ¡qué mucho que escape por la boca
el lodo que no cabe en la conciencia!

D. PEDRO ¡La horrible pesadilla, aquel cadalso,
maldición sobre mí!

D.ª MAR. ¿Ya no recuerdas
de Salamanca y de su pobre gente,
la virtud, la honradez y la grandeza?
¿Tan pronto se borró de tu memoria
el nombre del caudillo que eligieran
por jefe y capitán de Salamanca,
los que ganosos de victorias nuevas
volaron al socorro de Padilla,
sin advertir que la traición los lleva,
para embotar el hacha del verdugo,
á morir en el rollo como ovejas?

D. PEDRO ¡La vida de mi primo!

D.ª MAR. ¡Sí, malvado!
la vida de tu primo, que aun alienta
en este corazón inquebrantable,
donde su amor eterno se refleja
como la luz del moribundo día
en el limpio fulgor de las estrellas.

D. PEDRO ¿Que por mí sucumbió? ¿Quién lo asegura?
¿Quién se atreve á lanzar tan vil ofensa?
Y vos que así con temerario arrojo

la demanda tomais en la revuelta...
¿Quién sois? ¿Qué me quereis? ¡Hablad en suma,
pues tan amarga confusión me aterra!
Hablad, ó creeré que estoy soñando,
ó que esto lo produce la demencia.

D.ª MAR. ¡Demente! ¡Miserable! ¡Que me asombra!
Juzga si quieres mi razón enferma;
repite tus insultos, no refrenes
el único desahogo que te queda.
¿Me preguntas quién soy? ¡Me lo preguntas!
¿Tan espantosa ha sido la tormenta
que por los restos de la pobre nave
no es posible ¡gran Dios! reconocerla?
¡Mucho he sufrido, sí, mucho he sufrido!
Mi pesadumbre y mi dolor contempla
en los estragos de mi faz sombría,
en estos manantiales de mis penas,
cuya corriente al reventar en llanto
á pedazos el alma se me lleva.
¿No conoces mi rostro? ¡Qué sería
si retratase mi aflicción eterna!
¡Para espresar mi espíritu doliente,
el de la muerte mi semblante fuera!
¡Mírame bien, consulta tu memoria,
recoge tu atención!

D. PEDRO (¡Duda funesta!
Que no es la viuda de Padilla pienso...
Mas entonces, ¿quién es?)

D.ª MAR. ¿Nada sospechas?
¿No te remuerde el crimen?

D. PEDRO ¡Vuestro nombre,
vuestro nombre, por Dios!

D.ª MAR. Lo presintieras
á no llevar por corazón un risco
y por alma el instinto de la hiena.

D. PEDRO ¿Que yo os conozco?

D.ª MAR. ¡Ni aun recuerdos tiene!...
¿Y tú la vida miserable aprecias?
¿Por qué temes morir si no te alcanza
la justicia de Dios, si tu existencia
es un soplo vital irresponsable
como la impura cárcel que te encierra?

D. PEDRO ¡Señora, por piedad!

D.ª MAR. ¿Pero es posible
que á tales mónstruos su favor concedan

los pueblos y naciones? ¿Qué me extraña,
si yo misma también, en mi torpeza,
le confié la suerte de un esposo
sin sospechar de semejante fiera?...

D. PEDRO ¡Qué es esto, Dios clemente!

D.ª MAR. ¡Dí, responde,
verdugo de mi amor, alma perversa,
Caín abominable!

D. PEDRO (Delirante.) ¡Atrás, infierno!
¡Degollado por mí! ¡Su sangre aquella!
¡Aquel cadalso el suyo! ¡Benavente,
Benavente, por Dios, una respuesta!
¡Bravo á Padilla sigue! ¿Y quién á Bravo?
¡Su nombre!

BENAV. ¡Eterno Dios!

D.ª MAR. ¿Quieres más prueba?
¿No te dice el silencio lo bastante?
¿No ves su confusión? (Por Benavente.)

D. PEDRO (¡Oh, Providencia!)
¿Escuchais, Benavente? ¡Por el cielo,
por Isabel, por mi honra, por la vuestra!...
¿Quién murió en Villalar?

BENAV. (¡Dios poderoso!)

D. PEDRO ¿No respondeis? ¿Qué es esto? ¿Será cierta
tan horrible desgracia? ¡Oh, vilipendio!
¡Oh, padrón de ignominia y de vergüenza!
¿Y pudo consentir vuestro delirio
en tal aberración y en tanta mengua?
¿Y pudísteis soñar que un Maldonado
á tan cobarde crímen se rindiera
por gozar de esta vida miserable
como un reptil envuelto en su miseria?
¿Y es esto vida acaso? ¿Acaso el mundo
no arroja de su seno y su conciencia
las honras que se pudren, como lanza
el borrascoso mar á la ribera
los míseros despojos del cadaver
que se pudre en las olas turbulentas?
¡La libertad, la salvación, la vida,
todo os lo debo, sí; más me valiera
deberos la corona del martirio,
que esta vana merced de mi existencia!
¡Más me valiera estar en el sepulcro
que vivir sepultado en tanta mengua!
¡Mejor hubiese sido que el Consejo

no revocara la fatal sentencia!
¡Mejor hubiese sido que el verdugo
sobre el tajo mi cuello dividiera!
¡Que si la honra es la vida, yo no vivo,
ni es posible vivír sobre la tierra
sufriendo dia y noche los rigores
de esa muerte civil que me condena
á perpétuo baldón, cuya ignominia
no cabe en el fosal; es más eterna
que el miserable cuerpo á quien salvasteis
y más firme que el polvo que lo encierra!...
¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Quién resiste
este volcán que mis sentidos quema,
este espantoso infierno de mi vida
y este mundo de horror y de vergüenza?
Mas... ¡qué digo! ¡Imposible! ¡Ni un momento!
¿Acaso como término á mi pena
no tengo ese balcón y abajo un foso?
¿Qué me detiene, pués? ¡Mi tumba sea!
¡Despéñese la infamia en el abismo
y que salte en pedazos mi cabeza!
(Yendo á arrojarse por el balcón.)

D.ª MAR. ¡Atrás! (Interponiéndose.)
D. PEDRO ¡María!
D.ª MAR. ¡Atrás!
BENAV. ¡Don Pedro! (Sollozando.)
D. PEDRO ¡Basta!
¡Basta por Dios! ¡Si mi fatal estrella
me arroja en el sendero desgraciado
de ese maldito crimen que me aterra;
si ves en mí la causa responsable
de que tu esposo en Villalar muriera,
y aparezco en el cielo de tu gloria
como el negro crespón de una tormenta;
si juzgas que la muerte de mi primo
no me destroza el alma, y tú te aferras
en negar á mi súplica ferviente
el perdón que reclama la inocencia,
no retardes ni un punto la venganza;
que entre ese pueblo, que arrogante espera
la funesta señal de mi exterminio;
que me arrollen las turbas, que me tiendan
al pie de ese cadalso, que tú misma
mandaste levantar para mi afrenta,
ó déjame, si á compasión te muevo

que ejecute en el foso mi sentencia,
sirviéndome yo mismo de verdugo,
para que menos mi deshonra sea!

D.ª MAR. Vanos alardes, traza fementida,
disimulo procaz de tu insolencia.
Las nieves que coronan los volcanes,
¿de qué sirven al monte que se quema?
¡Lo que el torpe cinismo de tu labio
á ese infierno de horror que tu alma incendia!

D. PEDRO ¡Oh, María!

D.ª MAR. ¡Tu crimen te confunde!

D. PEDRO ¡Te juro por el cielo mi inocencia!

D.ª MAR. ¿Que juras por el cielo? ¿Y qué le importa
un juramento más á tu miseria,
si amontonando infamia sobre infamia
con un perjurio tu maldad comienza?

D. PEDRO Un recurso... ¡Dios mío!

D.ª MAR. ¡No te esfuerces!

D. PEDRO ¡Un rayo de tu luz!

D.ª MAR. La Providencia
no ilumina jamás á los perversos,
pues la maldad se viste de tinieblas.
¿Pretendes encontrar una disculpa
que justifique tu inmortal proeza?
Nada más facil, busca en los afectos
el copioso raudal de la elocuencia.
Háblame de un encanto irresistible,
de una pasión, cuya indomable fuerza
remueve las montañas de su asiento
y rinde la ambición y la soberbia;
háblame del amor, de sus encantos,
de sus mágicos sueños y quimeras,
de ese bello ideal que nos seduce,
de ese horizonte cuya luz nos ciega;
háblame... pero no, no digas nada,
no me relates, si vivir deseas,
la historia de ese amor, no me recuerdes,
como sarcasmo á mi desgracia fiera,
la tumba de mi esposo, porque entonces,
en lugar de arrancarte la existencia,
te puedo arrebatar el sér que adoras,
¡que es el mayor tormento de la tierra!

D. PEDRO No puedo más, mi corazón desmaya;
ordena, manda, dí, haz lo que quieras;
cuanto te inspire tu venganza injusta,

cuanto sueñe el error que así te ciega.
Hiere, mata, extermina, no te pares,
no refrenes tu cólera sangrienta;
pero pronto, muy pronto, porque quiero
que al verme en el cadalso, te convenzas
de si muero cual mueren los culpables
ó me sobra el valor de la inocencia.

D.ª MAR. ¿Y persiste en negar?

D. PEDRO ¡Oh, Benavente!

D.ª MAR. ¡Hasta finge valor! De tu entereza
guardará Villalar eternamente
un vivo testimonio y clara muestra.
Tu arrogancia falaz y tus alardes
en este fiero corazón se estrellan.
Ni espacio, ni piedad, tú lo quisiste;
¡la hora fatal de mi venganza llega!

D. PEDRO ¡Revelación de la verdad... el sueño!
¡La triste pesadilla... la evidencia!
¡Aquel cadalso... el suyo; aquella sangre...
la sangre de mi primo!...

D.ª MAR. Ser debiera
la tuya miserable y corrompida,
que hoy clama por salir de sus arterias.
La terrible injusticia del Consejo,
el cambio inesperado de sentencia,
la arbitraria reforma de los fallos,
la singular mudanza de las penas,
todo, todo denuncia claramente
tu negro crimen, tu traición perversa.
Tres capitanes fueron condenados
á morir sobre el rollo; tres cabezas
que en Segovia, Toledo y Salamanca
el popular tumulto representan.
¡Bravo, Padilla y tú!

D. PEDRO ¡Virgen piadosa!

D.ª MAR. ¡Bravo, Padilla y tú!... ¿No lo recuerdas?

D. PEDRO Mátame, mátame, pero suspende
este infernal suplicio de tu lengua.

D.ª MAR. Por Segovia y Toledo...

D. PEDRO ¡Basta! ¡Basta!

D.ª MAR. ¡Bravo y Padilla en el cadalso ruedan!
Mas ¿quién por Salamanca? dí, responde.
¿Necesitas acaso mayor prueba
de tu aleve traición? Tu cobardía,
tu afrentosa maldad, ¿no se revelan

en la torpe mudanza del Consejo,
en el súbito cambio de condena,
y en esa atrocidad de la injusticia
que le arrancó á mi esposo la existencia?...
¡Segundo capitán por Salamanca,
el primero en virtud y nobles prendas,
martir glorioso de la patria mía,
víctima ilustre de tu infamia negra!
¡Oh, pobre esposo mío! (Trans.n) Cuando pienso
que cargado de hierro y de cadenas
caminabas gozoso á Tordesillas
á cumplir la prisión de tu sentencia;
cuando imagino verte resignado
lejos de Villalar y sus tristezas,
esperando el momento venturoso
de quebrantar á tu prisión las puertas;
cuando creo mirarte en mi regazo
libre y feliz, y en su crespón envuelta,
me dibuja la muerte ante mis ojos
el horrible vacío de la ausencia,
el espantoso cuadro del suplicio,
tu ensangrentado cuerpo y tu cabeza
clavada en la picota!... ¡oh!... entonces...
es tal mi indignación... que ser quisiera
el huracán que barre las montañas
ó el rayo que despide la tormenta,
para lanzar mi furia sobre el mundo
y remover y exterminar la tierra!
¿Escuchas? ¡Ellos son!

(Se oye un rumor lejano, María se acerca al balcón.)

D. PEDRO ¡Oh, Benavente!
¿Qué habéis hecho de mi honra? ¿Qué defensa
me puede vindicar, ni qué argumento
torcer esa opinión que me condena,
tras de arrojar mi cuerpo en un cadalso,
á perpetuo baldón y á infamia eterna?
Yo rechazo ese crimen espantoso,
yo no puedo arrostrar la torpe mengua
de ese inhumano proceder inícuo
que mancilla mi honor en la apariencia,
pues á la voz terrible de Simancas
va á responder la sangre de mis venas,
y al temerario juicio de Castilla
esta vida cruel que me atormenta.

(Rumor cercano.)

¡Oh! las turbas. (Con alegría)

BENAV. ¡Señor!

D. PEDRO ¡Gracias, Dios mío!
Ni espacio, ni piedad, no te detengas,
no demores ni un punto mi suplicio,
que si es verdad que los malvados tiemblan
al hundirse en la noche del sepulcro,
yo ambiciono morir... para que veas
si puede más el hacha enrojecida
que el tribunal de Dios y mi conciencia.

BENAV. (Suplicando á María.)
¡Mirad bien lo que hacéis!

D. PEDRO ¡Oh, Benavente!
Segunda vez la causa de mi afrenta.
¿Olvidais á quién debo mi deshonra?

BENAV. ¡Don Pedro, por piedad!

D. PEDRO ¡Desgracia fiera!
¿Os arroja quizás el negro abismo
como una maldición de mi existencia?
¿Acaso no es bastante la ignominia
que me cubre de oprobio y de miseria,
que aún quereis prolongar este tormento
robándole á Simancas mi cabeza?
¡Oh! ¡Dejadme por Dios! ¡Tumba por tumba,
cuán distinta á mis ojos se presenta!
¡En Villalar la libertad, la gloria!...
¡En Simancas la duda, la vergüenza!
(Aparecen las turbas en el fondo.)
¡Ellos ya! ¡Vamos pues! guía si quieres...
ni espacio, ni piedad... cumple tu oferta.
(A María.)

ESCENA II

DICHOS, MONTALBÁN, AMOTINADOS

D.ª MAR. (¡Dios santo, no puede ser!
¡Oh, vacila mi razón!) (Pausa.)

D. PEDRO ¿No hierve en tu corazón
el odio de la mujer?
Pues qué, ¿se espanta tu juicio
cuando á su término toca,
ó piensas dejar la roca
al borde del precipicio?
¿Acaso á temblar empieza
tu injusticia? ¡Sí... á temblar!

¿Yo traidor en Villalar?... (A los grupos.)
¡Pueblo... al rollo mi cabeza!
¡Húndeme bajo tu planta
en esta batalla ruda,
y caiga sobre tu duda (A María.)
la sangre de mi garganta!

(Sale frenético por el fondo, seguido de los amotinados, que desaparecen, menos dos que quedan guardando la puerta y que impiden y resisten la salida de María, que se abalanza tras ellos en medio de la mayor ansiedad y confusión)

D.ª MAR. ¡Oh, qué horror! ¡Atrás... atrás!...
(A los de la puerta.)
¿Me cerrais el paso?

TURBA (Saliendo del castillo.) ¡Muera!

D.ª MAR. ¡Alto, muchedumbre fiera! (Gritando.)

ISABEL ¡Pedro!... ¡Pedro! (Saliendo izquierda, jadeante.)
¿Dónde estás?

D.ª MAR. ¿Es, para tratarlo así, (A los de la puerta.)
legítimo vuestro encono?
¡Yo soy su juez... yo perdono!
¡Oh... apartad!... (Insistiendo y forcejeando por salir.)

ISABEL ¡Ay de mí!
Padre, padre, ¡por piedad! (Espantada.)
¿No véis mi doliente pena?

BENAV. ¡Que te responda esa hiena (Indicando á María.)
en su furia y su maldad!

ISABEL ¡Oh, gran Dios!... Yo me confundo...

D.ª MAR. ¡La sangre de un inocente! (Aterrada.)

ISABEL ¡Sangre!... ¡Sangre!... (Despavorida.)

D.ª MAR. (Aquí en mi frente,
con la execración del mundo.)

ISABEL ¡La ermita!

D.ª MAR. ¡Perdón! ¡Perdón!
(Al cielo, cayendo de rodillas.)

ISABEL ¡La gitana!... (Desfallecida y convulsa.)

BENAV. ¡No, hija mía!

ISABEL Las hojas... La profecía..
¡Pedro! ¡Pedro!
(Cayendo desmayada en los brazos del Conde.)

BENAV. (Horrorizado.) ¡Maldición!

ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

BENAVENTE y FRAY MANUEL

BENAV. Inútiles arrebatos,
ya lo estais viendo; tres días
han pasado, y Salamanca
no responde.
FR. MAN. ¡Por mi vida!...
que á no presenciar los hechos,
de la verdad dudaría.
Jamás hubiese pensado
que en esta tierra maldita,
tal estrago hacer pudiese
vuestra infame apostasía.
BENAV. Ni apóstatas ni traidores
tienen culpa; ya es antigua,
si consultamos la historia,
la enfermedad de Castilla.
El esfuerzo de Simancas
y su loca tentativa,
de la situación presente
os pueden dar la medida.
¿No presenciasteis vos mismo
la tempestad de la villa?
¿No vísteis con qué presteza
las turbas enfurecidas
se aplacaron, al saber
que de la ciudad vecina
se aproximaba esa tropa
que aún mora en las cercanías?
FR. MAN. ¡Es verdad!
BENAV. ¡Gracias al cielo
que dispuso la venida
de esa gente! De otro modo
¿quién nos salva? ¡Ya estaría
ejecutado Don Pedro
y nosotros hechos trizas!

FR. MAN. ¡Eso nunca!
BENAV. ¿Lo dudais?
FR. MAN. Lo dudo.
BENAV. Sin la milicia,
¿no hubiese intentado el pueblo
la segunda acometida?
FR. MAN. ¿Qué importa? Segunda vez
y ciento lo arrancaría
de los brazos de la muerte
quien lo arrancó hace tres días.
BENAV. ¡Qué obstinación! ¡Qué delírio!
¿Tal confianza os inspira
la turba desenfrenada?
FR. MAN. Mucha.
BENAV. Pues á mí... maldita.
FR. MAN. Eso consiste en que yo
nada le debo en justicia,
y vos teneis... largas cuentas
de cosas que no se olvidan.
BENAV. ¡Fray Manuel!
FR. MAN. Y esta es la causa
del ódio ó la simpatía;
y como yo nada debo,
nada temo de sus iras.
BENAV. ¿A pesar de lo ocurrido
sois capaz de tal porfía?
¿No recordais con espanto
la terrible comitiva,
saliendo por el rastrillo
como una ola embravecida...
y entre el furor y la saña
y la ronca gritería,
no veis fluctuando á Don Pedro
entre la muerte y la vida?
FR. MAN. Sí; mas recuerdo también,
en el colmo de mi dicha,
que para aplacar las turbas
bastó una palabra mía.
BENAV. Bien, dejemos... y á otro asunto.
FR. MAN. ¡Oh, desdichada Castilla!
BENAV. No tanto como pensais.
FR. MAN. ¡Qué postración, qué atonía!
BENAV. ¡Vos lo habeis dicho; postrada!
Y cuando dócil se inclina
una nación á los piés

de extranjera dinastía...
¿sabeis lo que pide? ¡Un yugo.
Y todo aquel que se obstina
en remitir á las armas
la idea de redimirla...
¿sabeis qué logra? ¡Un cadalso!
Testimonio, Juan Padilla.

FR. MAN. Vuestra es la culpa.

BENAV. De todos:
lo mismo abajo... que arriba.
¡Y no hay que hacerse ilusiones;
donde el fuego patrio brilla
no há menester combustible...
hasta las piedras se animan!

FR. MAN. ¿Y el arrojo de Toledo?
¿Y el ejemplo de Medina?

BENAV. Fuego fátuo.

FR. MAN. ¿Fuego fátuo
llamais al que volcaniza
los campos y las montañas,
las ciudades y las villas,
mostrando al mundo un ejército
de mártires y heroinas?
Decid mejor que en España
hay una clase maldita,
terrible muro de hielo
ante las virtudes cívicas,
y ese muro sois vosotros,
la nobleza corrompida...
¡Cuerpo sin piés ni cabeza
que volteando camina,
sin ver que tarde ó temprano
tiene que dar la caida!

BENAV. ¡Bah! Pronóstico ilusorio.

FR. MAN. ¡Oh, mísera patria mía!
¡Sí yo pudiera salvarte
con mi existencia!...

BENAV. ¿Qué haríais?
¿Olvidais que á un Redentor
la Judea crucifica,
y en tanto se embriaga el pueblo
allá... en su pascua florida?

FR. MAN. ¡Dios mío, qué alma tan seca!

BENAV. ¡Qué candidez... tan sencilla!

FR. MAN. Acabemos de una vez

esta enojosa entrevista.
¿Qué me quereis? Despachad.

BENAV. Más templanza y menos prisa,
que es harto grave el asunto
y de vos se necesita.

FR. MAN. ¿De mí?...

BENAV. ¡De vos! Mas primero
permitidme que os exija
reposo, calma, prudencia,
reflexión y sangre fría.

FR. MAN. Hablad.

BENAV. Pues bien; yo sustento
la fe y convicción más íntimas,
de que no es tan malo el rey
(Marcando las palabras.)
como la gente lo pinta.
Además, yo os garantizo,
si acaso el monarca olvida
la solicitud de toda
la nobleza de Castilla,
que para esquivar el golpe
y escapar á su injusticia
hay caballos en Simancas
y á nuestros piés una mina.

FR. MAN. Guardad allá para vos
semejantes garantías,
con esa opinión bizarra
que de tal rey tanto fia.

BENAV. ¡Qué ingratitud, Maldonado!

FR. MAN. ¿Ingratitud? ¡Dios me asista!
¡Ingratitud! ¿Y por qué?
¿Porque arrancais una víctima
de las manos del verdugo,
condenándola enseguida
á perpétuo deshonor?
¡Vil merced! ¡Gracia maldita!
¿Acaso no le usurpásteis
en aquel solemne día,
fiscal de tantos traidores,
pregón de tanta perfidia,
la gloria de perecer
por la causa más querida,
por la libertad de España,
por la suerte de Castilla...
cosa que vos no entendeis, (Rápido.)

porque es poco productiva?

BENAV. ¡Pero, Fray Manuel, pensad
que no es la ocasión propicia
para tales desahogos,
pensad que urge en demasía
lo presente!... Lo pasado
poco ó nada significa.

FR. MAN. Eso será para vos,
que no teneis muy tranquila
la conciencia, y os disgusta
volver hacia atrás la vista.

BENAV. Puede ser, mas por ahora
ni duendes ni pesadillas
vienen á turbar mis sueños
ni nada la paz me quita.
¡Dije mal! ¡Sola una cosa
me desvela y me fatiga;
una cosa ineludible,
profunda, latente, viva!...
¡La salvación de Don Pedro,
que es la salvación de mi hija!

FR. MAN. ¡Dios de Dios!

BENAV. Sí, Fray Manuel.

FR. MAN. ¡Cómo! ¿Pensais todavía
en ese funesto enlace,
cuya idea me horroriza?

BENAV. ¿Que si pienso?... ¿Pues por qué
lo salvé de la cuchilla
y lo liberté del rollo?

FR. MAN. ¡Nunca, nunca! ¿Y la vindicta?
¿Y el escándalo?

BENAV. ¡Me pasma!
¿Preferís que el vulgo siga
creyendo que hubo en la rota
traiciones y villanías,
ó que se persuada el vulgo
de la verdad monda y lisa,
al ver ese desposorio
que á todos nos justifica?
¿Hallais más noble disculpa
que el amor?

FR. MAN. ¡No sé qué diga!
Pero la duda está en pié
y eso jamás se disipa.
Un casamiento supone

interés y unión de miras;
la gente dirá: «¡Hé ahí
»la razón de su perfidia;
»por servir á Benavente
»fué desleal á Padilla!»
Y esto, como veis, en su honra
le abre más ancha la herida.

BENAV. Vos juzgareis...

FR. MAN. ¡Imposible!
¡No será... mientras yo viva!
Conque entregadme á Don Pedro
sin más demora, que el día
va entrando y pudiera ser
que la majestad invicta,
por no desmentir al vulgo,
fuese tal como la pintan.

BENAV. ¡Siempre nos queda un recurso
infalible, el de la mina!

FR. MAN. ¿Y si se conjura el diablo
y nos cierra la salida?

BENAV. Pues... ¿para qué está San Telmo?

FR. MAN. ¡El cañón! ¿Y si descuidan
ó retrasan la señal?

BENAV. Aún nos queda la noticia
por medio del Almirante.

FR. MAN. ¿Y si el pliego se extravía?

BENAV. Téllez en Valladolid
desde ayer tarde vigila,
y es Téllez soldado viejo
que ni duerme ni se olvida...
Pero silencio, alguien llega.

FR. MAN. ¡Mi hermano... Virgen María!

ESCENA II

DICHOS, DON PEDRO, enajenado

D. PEDRO ¡Eh! Decidme, buena gente,
¿á qué hora es la ejecución?

BENAV. ¡Don Pedro!

D. PEDRO ¿Tal dilación?...
¿Tanto esperar?

FR. MAN. ¡Dios clemente!

BENAV. ¡De nuevo turba su mente
ese fatal extravío!

D. PEDRO Pasos... rumor... vocerío... (Como escuchando.)
¡Ahí están! ¡Hermosa palma!
¡Señor, te encomiendo mi alma!
(Dirigiéndose al foro.)

FR. MAN. ¿Dónde vas, hermano mío? (Deteniéndole.)

D. PEDRO ¡Ah! ¡Sois vos! ¡Qué ceguedad!
¡Y yo que sólo partía!...
¡Dónde mejor compañía
para ir á la eternidad!
¡Volemos pues! ¡Escuchad!... (Delirando.)
¡Ya baja por la escalera
Padilla! ¡Ya nos espera!...
¡Vedle firme y sin asombros,
por más que lleve en sus hombros
el peso de España entera!
¡Ese que sigue á Padilla,
entre cadenas esclavo,
ese es Brabo!... sí... el más bravo
comunero de Castilla.
¡Ni se abate, ni se humilla
corazón de tal jaez!
A mí me toca la vez:
¡ya en el tajo me contemplo!
Corramos á dar ejemplo
de virtud y de altivez.
Brote en copioso raudal
esta sangre que se enciende,
al sentir cómo se vende
el decoro nacional.
¡Quede la traición fatal
en su vil polvo y escoria,
goce el César su victoria,
y vea Cárlos de Gante
si tiene poder bastante
para usurparnos la gloria!
¡Padre... guiad! (Medio mutis.)

FR. MAN. No tan presto:
calma, calma.

D. PEDRO ¡Justo Dios!
¿No veis por allí á los dos (Señala por el balcón.)
y que yo falto en mi puesto?
Pero ¿qué miro?... ¡Qué es esto!
¡Padilla... Brabo... después
otro! ¡No hay duda, sí... tres
uno... dos! ¡A qué contar!

¿Quién ocupa mi lugar?
¡Quién es el otro... quién es!
Pára... mira... ya me vió...
Clava los ojos en mí...
y yo le conozco... Sí...
Francisco... mi primo... ¡No,
no, imposible!... Ya partió,
ya no se ve... Mi cabeza
se abrasa... mi vista empieza
á turbarse... ¡Dios eterno!
¿Será capaz el infierno
de semejante vileza?
¡Él por mí; Virgen Sagrada!
¡Atrás, infamia cobarde!
Alto, alto... ¡Oh, ya es tarde!...
¡Muerto!... ¡Muerto! ¡Nada! ¡Nada!
¡La picota ensangrentada!
¡Su cabeza!... ¡Maldición!
¡Oh! ¡Por allí... la visión. (Por la izquierda.)
¡Sepúltame, suelo impío!
(Entran Doña María é Isabel.)
Ella... su mujer... Dios mío...
¡Misericordia... perdón!
(Cae apoyándose sobre la mesa.)

ESCENA III

DICHOS, DOÑA MARÍA é ISABEL

D.ª MAR. ¡Oh! ¿Qué es esto?
FR. MAN. ¡Benavente!
D.ª MAR. ¡Pedro, Pedro!
FR. MAN. (A María.) ¡Ya lo ves!
¡Contempla tu obra... esta es!
ISABEL ¡Loco! ¡Loco!
BENAV. ¡Dios clemente!
FR. MAN. ¡Tu gracia, Virgen María!
¡Un milagro!
BENAV. ¡Justo cielo!...
¿Cómo disipar el velo
de su negra fantasía?...
FR. MAN. ¡Oh, se me ocurre una idea!
BENAV. ¿Cuál?
ISABEL ¡Decid!
FR. MAN. ¡Quedad con él!

Vuestra presencia, Isabel,
quizás un remedio sea.

BENAV. Salgamos.

FR. MAN. ¡Quizás... quizás!...

ISABEL ¡El cielo os oiga propicio!

D.ª MAR. ¡Señor, devolvedle el juicio!

FR. MAN. ¡No sé qué conviene más!

(Mutis por la derecha.)

ESCENA IV

ISABEL y DON PEDRO

Isabel arrodillada junto á D. Pedro

D. PEDRO ¡Dios mío!

ISABEL Respira, sí...

D. PEDRO ¡Qué angustia! ¡Qué confusión!
¡Oh, cuánto tarda!... ¡Ay de mí!

ISABEL ¡Pedro!... ¡Pedro!

D. PEDRO ¡Ya está aquí!

ISABEL ¡Pedro de mi corazón!

D. PEDRO Qué tardanza tan cruel...
Toda la noche esperando...
Temí no verte, Isabel,
pues va el crepúsculo entrando
y he de partirme con él.
Así tus manos lucientes
deposita cariñosa
entre las mías ardientes,
y clava en mi vista ansiosa
tus ojos resplandecientes.

ISABEL (¡Oh, se refiere quizá
á su postrer despedida
en Salamanca!...)

D. PEDRO Habla ya.
¡Ven, acércate, mi vida!
¡Sol que abrasándome va!
Dí, paraiso encantado,
gloria de mi poesía,
espíritu idolatrado
que vive aquí... desposado (Al corazón.)
con la fe del alma mía;
dulce y mágica ilusión
que hasta los cielos me encumbra,
sublime fascinación

que me ciega y me deslumbra
y me abrasa el corazón;
dime, dí, sol hechicero,
alma de mi alma... ¿es verdad
que me quieres cual te quiero,
y que es un muro de acero
tu jurada lealtad?
¿No es verdad que yo me agito
también sobre tu alma pura?...

ISABEL Pedro!... (Llorando.)

D. PEDRO ¿Lloras? ¡Dios bendito,
qué más prueba necesito
de tu amor y mi ventura?
Deja que trémulo y ciego
se temple en tan dulce riego,
si ya no está hecho ceniza
este corazón de fuego
que el pecho me volcaniza.
Deja el llanto bienhechor
tranquilamente correr:
llora... llora sin rubor...
¡que no es buena la mujer
que no ha llorado de amor!

ISABEL (Ya en su mente se ha borrado
ese delirio tenaz...
¡Gracias, Señor! ¡Se ha salvado!)
¡Pedro, Pedro!

D. PEDRO ¡Dueño amado:
Isabel!... ¡Angel de paz!
refrena el pecho un instante,
luce en tu puro arrebol,
y trás esa lluvia amante,
vuelva á brillar... como el sol,
tu peregrino semblante.
Tú eres mi bien, mi alegría,
sin tí todo palidece,
pues hasta el naciente día,
al ver tu melancolía,
melancólico amanece. (Transición.)
Mas ¡oh!... ¡Cómo va pasando,
mecida en su arrullo blando,
nuestra plática, Isabel;
pues va el crepúsculo entrando
y he de partirme con él!

ISABEL ¡Partir! ¡Dios mío, Dios mío...

otra vez, triste de mí! (Llorando.)

D. PEDRO ¿Qué quieres? ¡Tormento impío!
¡El honor y el albedrío
no caben juntos aquí! (Señalando al corazón
Tu irresistible beldad
mis sentidos enajena:
tú tienes mi voluntad,
mas hoy la patria me ordena
seguir la Comunidad.
El corazón placentero
me dice: «¡Castilla á un lado!»
Y el honor de caballero
me grita: «¡Cumpla el soldado
con el bando comunero!»
«Quieto aquí,» dice medrosa
la pasión que mi alma esconde,
¡Isabel... ella!... «no hay cosa
como el amor de una esposa...»
Y la patria me responde:
«¡Tú no eres más que un montón
de tierra, que yo animé,
para evitarme el baldón
de que extranjera nación
ponga en mi regazo el pie!»
¡Y ambas con igual grandeza
vivís en mi alma fecundas
sin desdoro ni flaqueza,
tú mi corazón inundas
y la patria mi cabeza!

ISABEL Vana ilusión... ¡ay de mí!
¡Pedro, mitiga por Dios,
ese ardiente frenesí!
¿No estamos juntos los dos?
¿No tienes memoria... dí?
¿Y no ves la realidad
de la situación presente?
¿No disipa la verdad
esa negra tempestad
con que se nubla tu mente?

D. PEDRO ¡Oh! ¿Qué dices?... ¡El dolor
le va trastornando el juicio!

ISABEL ¡Jesús! (Espantada.)

D. PEDRO ¡Isabel, valor!...

ISABEL ¡Me cree loca, Señor!
¡Dónde habrá mayor suplicio!

D. PEDRO Mas ¡oh!... ya viene fundiendo
el sol la parda neblina.
(Dirigiendo la mirada al horizonte.)
¿Oyes... oyes el estruendo? (Como escuchando.
Es que se va reuniendo
la nobleza salmantina.
Ya el comunero marcial
con el arnés se embaraza:
ya suena el ronco metal,
y ya el pueblo liberal
se agolpa y hierve en la plaza.
Ya tiernas y cariñosas,
y altivas y valerosas,
repasan los escuadrones
las madres y las esposas,
despidiendo á sus varones.
Y ya el castellano fiero,
bríos tomando en su saña,
va á mostrar al mundo entero
¡que aún hay vergüenza en España
para echar á un extranjero! (Pausa breve.)
Llegó, pues, el duro instante
de separarnos los dos:
Recibe un abrazo amante
en mi pecho palpitante,
y adios, Isabel, adios. (Abrazándola convulsivamente.)

ISABEL ¿Es posible... ¡cielo santo!
que me atormentes así? (Llorando.)

D. PEDRO ¡Enjuga... Isabel, el llanto!

ISABEL Si yo nunca te ofendí,
¿por qué me castigas tanto? (Al cielo!)

D. PEDRO ¿Castigar? Tu amarga pena
la razón te desvanece.
¿Quién de orgullo no se llena
si va á romper la cadena
que á todos nos envilece?

ISABEL ¡Ilusión, yo te abandono!
¡Suerte infeliz! ¡Necio afán!

D. PEDRO ¡Y qué más suerte en mi encono,
que aplastar bajo su trono
á ese déspota alemán!

ISABEL ¡Desdichado! ¡Desdichado!

D. PEDRO ¡La gloria, Isabel, la gloria!

ISABEL Mal recuerdas lo pasado.
Dí, Pedro, dí... ¿se ha borrado

Villalar de tu memoria?

D. PEDRO ¡Oh, Villalar... Villalar!
(Como abrumado por los recuerdos.)
¡Campo de luto y horror!
¡Aún me aturde el resonar
y el estrépito y clamor
del terrible batallar! (Pausa y transición.)
—¡Día triste!—El suelo blando,
copiosa y tenaz la lluvia,
húmedo el aire silbando,
y las nubes eclipsando
del sol la madeja rubia...
Firme y dispuesta la gente
llega al barranco fatal...
busca paso... y diligente
el ejército imperial
nos cierra barranco y puente.
Entonces, embravecido,
en ambas partes estalla
el rencor mal comprimido...
y entre el pavoroso ruído
da comienzo la batalla.
¿Quién puede el odio atajar
de aquellos pechos febriles
que llevaban al chocar
ese furor... peculiar
de las discordias civiles?
Aquel feroz embestir,
aquel duro arremeter,
aquel tenaz resistir,
la manera de caer
y hasta el modo de morir.
No hay ejemplo, no hay trasunto
de tanta furia y extrago,
ni más horrible conjunto,
ni en la historia de Sagunto
ni en los tiempos de Cartago.
Una infernal herrería
todo el campo semejaba,
y al tronar la artillería
la tierra se estremecía
y el espacio retemblaba.
Y desde la puente al cerro,
provocada por el hierro,
la sangre, en su curso franco,

roto su caliente encierro,
enrojecía el barranco.
«¡Arriba!» clama potente
el animoso Padilla,
y arriba sube la gente
y á la traición aportilla
y echa á la traición del puente.
¡Mas todo, todo se allana
de la fuerza á la presión!
Desde una altura cercana
iba mermando el cañón
la lealtad castellana.
Y ante la muerte y su imperio,
quedó al fin tanto coraje
en fúnebre cautiverio,
y aquel tétrico paraje
convertido en cementerio.
Padilla fué acribillado;
Brabo, en su inmortal fatiga,
como fiera acorralado;
y yo caí ensangrentado
entre la turba enemiga... (Transición.)
¡Mas quede en pie la traición,
la patria sin restaurar,
Castilla sin corazón!...
¡Y en su funeral crespón
el cadalso en Villalar!
(Como herido por un recuerdo.)
¡El cadalso! ¡Virgen santa!
¡Qué horror! ¡La vista se espanta;
siempre delante... delante!
¡Este es el tajo humeante!
¡Mira... mira su garganta!

ISABEL ¡No hay nada que tranquilice
su espíritu!

D. PEDRO ¡Justo Dios!
¿Oyes, oyes lo que dice?
Nos maldice... nos maldice...
¡á los dos, siempre á los dos!

ISABEL ¿Maldecir? Tu fantasía...
Desde allí... tranquilamente
(Señala al cielo.)
ve tu inocencia y la mía,
más clara y más refulgente
que la luz del medio día.

D. PEDRO Pero ¿y María?
ISABEL Deplora
su injusticia y sinrazón:
todo lo conoce ahora,
y con lágrimas implora
tu generoso perdón.
D. PEDRO ¿Ella también? ¡Dios propicio!
¡Gracias... gracias!
ISABEL (¡Oh! parece,
á juzgar por este indicio,
que su razón se esclarece.
¡Señor, que recobre el juicio!)
D. PEDRO Mas ¿qué es esto? ¿Qué ha pasado
en torno mío, Isabel?
Yo he dormido... yo he soñado...
¡Aquel pueblo desbordado,
la presencia de Manuel!
ISABEL ¡Padre... padre!... ¡Pronto... aquí!
(Gozosa y frenética, llamando.—Salen Benavente, María y Fray Manuel.)
D. PEDRO ¡Ellos! ¡Ellos! ¡Ay de mí!
(Viéndolos, se arroja en brazos de María y Fray Manuel.)
ISABEL ¡Oh, Dios mío!... Él se salvó,
y ahora la loca soy yo;
¡loca de alegría... sí! (En el colmo de la felicidad.)

ESCENA V

DON PEDRO, BENAVENTE, FR. MANUEL, ISABEL y D.ª MARÍA

D. PEDRO ¡Hermano... María!
FR. MAN. Pedro,
vamos... calma, calma.
(Suenan clarines á lo lejos.)
BENAV. Tropa
se acerca. ¡Bah! debe ser (Asomado al balcón.)
la que estos parajes ronda,
que á la ciudad se dirige.
D. PEDRO ¡Oh! María ¿por qué lloras?
¿No merezco tu perdón?
D.ª MAR. ¡Perdón tú! La que lo implora
á tus piés, sin merecerlo,
soy yo...
D. PEDRO ¡Qué pena tan honda (Señala al corazón.)
me arrancan de aquí, María,

tus palabras bienhechoras!
Yo te juro por el cielo,
por mi salvación, por mi honra,
si aún de mi inocencia dudas...

D.ª MAR. ¡Pedro... por Dios!

D. PEDRO Que me impongas
el sacrificio más grande,
la prueba más horrorosa,
y me verás resignado
si tu recelo se borra.

D.ª MAR. Pues... que tú lo quieres... sea.
(Aparentando emoción.)

FR. MAN. ¡Cómo! (Asombrado.)

ISABEL ¡Qué! (Idem.)

D. PEDRO ¡Habla! (Con ansiedad.)

D.ª MAR. (Con solemnidad.) ¿Me otorga
una gracia tu bondad?

D. PEDRO ¿Cuál?

D.ª MAR. Asistir á tu boda.
Tejer yo misma las flores
de vuestra nupcial corona.

D. PEDRO ¡Oh, María!

ISABEL ¡Sois un angel!

FR. MAN. (¡Situación difícil!)

BENAV. (Desde el balcón.) ¡Hola!
me parece que tenemos...
No hay duda. Veo una escolta
que cruza por la vereda,
y cuesta y pendiente toma.
(Se acerca Isabel al balcón y mira.)

ISABEL (¡Gran Dios!) (Sorprendida.)

BENAV. Alguna avanzada
de esa gente. Nada importa;
pues su estancia en el castillo
será breve y presurosa.

ISABEL (¡No es ilusión de mi mente!
¡Mi vista no se equivoca!)
¡Padre... padre! ¡La gitana... (A Benavente aparte.)
la gitana... allí... en las rocas! (Mirando estática.)

BENAV. (Aparte á Isabel, reconviniéndola dulcemente.)
(Isabel, tal persistencia
es por demás enojosa.)

ISABEL ¡Oh, sí!... ¡La escolta me indica
con una mano... con la otra
el cielo... el cielo! ¿Lo véis? (A Benavente.)

¡Padre mío, en esa escolta
se va acercando la muerte,
sangrienta y aterradora!

BENAV. ¡Isabel! (Con súplica.)

(Suena un cañonazo á lo lejos. Asombro general.)

ISABEL ¡Dios mío! (Con júbilo.)

BENAV. ¡Cielos! (Idem.)

FR. MAN. ¡La señal!

ISABEL (Suplicante.) ¡Virgen piadosa!

FR. MAN. ¡Un cañonazo!... (Pausa breve.)

BENAV. (Aterrado.) ¡Gran Dios! (Pausa.)
¡Oh! ¡Pronto, dinero... joyas...

(Convulsivamente y como yendo á buscar lo que dice.)

á la mina, á Portugal!

(Suena el segundo cañonazo.)

¡Victoria, señor, victoria!

(Retrocede lleno de alegría al oir el disparo.)

PAJE ¡Un Procurador del Rey! (Al foro.)

BENAV. ¡El perdón!... que entre en buen hora.

ESCENA VI

DICHOS, PROCURADOR, OFICIALES y SOLDADOS; Después la guarnición del Castillo

El Procurador al tiempo de entrar y como si hablara con alguien

PROCUR. Que suba la guarnición
del castillo. Dios os guarde. (Saludando á todos.)
Señor Conde... (Saludando á Benavente.)

ISABEL (¡Tarde! Tarde!
me lo dice el corazón.)

(Se adelanta el Procurador y entrega un pliego á Benavente.)

PROCUR. Con este pliego real
del César Carlos primero,
acredita el mensajero
su caracter oficial.

BENAV. Vuestro mensaje es la cima (Lo toma.)
de la más bella esperanza,
y misión que á tanto alcanza
en lo que vale se estima.

(Entran los soldados de la guarnición, que se quedan los últimos al fondo.)

PROCUR. (¿Qué dice?) (Con extrañeza.)

(Benavente lee para sí el pliego.)

D. PEDRO (¡Yo me confundo!) (Absorto.)
FR. MAN. (¡Misericordia... el tirano!) (Con extrañeza.)
D. PEDRO (¿Aún pende del soberano
mi vida?...) (Con asombro.)
ISABEL (¡Dolor profundo!)

(Deja de leer Benavente, cierra el pliego y dice al Procurador en voz alta.)

BENAV. Que os entregue, el rey me encarga,
al recibir este pliego,
la fortaleza... Os entrego
con gusto tan dura carga.
Al mismo tiempo me advierte
que sois el comisionado
de otro, para... Maldonado.
(Señalándole con el dedo.)

PROCUR. (Sacando otro pliego.)
Si... ¡su sentencia de muerte!
(Grito general de horror.)
ISABEL ¡Gran Dios! (Cayendo en brazos de María.)
FR. MAN. (Espantado.) ¡Oh!
BENAV. (Con terror y desconcertado.) ¡Muerte!
PROCUR. (Al auditorio.) Escuchad.
D.ª MAR. ¡Su muerte! (Aterrada.)
D. PEDRO (Con entusiasmo.) ¡Gracias, Dios mío!
¡Alto!... un favor... (Al Procurador.)
BENAV. (¡Trance impío!)
D. PEDRO ¿No manda la majestad
ese pliego para mí?
¡Vos sois su procurador,
pero no mi relator!
(Le quita el pliego de la mano al Procurador.)
PROCUR. ¡Me asombrais! ¿Vos mismo?
D. PEDRO (Con naturalidad.) Sí.
PROCUR. ¿Qué vais á hacer?...
D. PEDRO (Con desdén.) Necio afán.
PROCUR. ¡Y no tiembla! (Asombrado.)
D. PEDRO ¡Mal repara;
mire bien! ¿Tengo yo cara
de traidor ni de alemán?
¡Ved, observad!... Y en seguida
le contais á ese extranjero,
cómo lee un comunero
la última vez en su vida.

(Lee la sentencia con la mayor fortaleza de ánimo.)

«Yo, Carlos primero de España y quinto de
»Alemania, Rey y Emperador, ordeno y man-
»do, en virtud de esta sentencia, degollar sin
»dilación sobre el rollo de Simancas á Don Pe-
»dro Maldonado Pimentel, para que sirva de
»escarmiento á los traidores.»

(D. Pedro se queda absorto.)

FR. MAN. (A Benavente.)
(¿Tenéis opinión distinta
del Rey?)

PROCUR. (A su comitiva.) ¡Cúmplase la ley!

FR. MAN. (A Benavente.)
(¿Conque no es tan malo el Rey
(Marcando las palabras.)
como la gente lo pinta?)

D. PEDRO (Leyendo el final de la sentencia.)
«¡De escarmiento á los traidores!»
¡Traidor! La sangre me hierve...
¡Que el Rey tal mote reserve (Al Procurador.)
para él y sus servidores!
Pues tan infame baldón
ostenta en su frente impura,
el que falta á lo que jura
ó el que vende á su nación.
¡Rey tirano, ¡pese á mí!
piensa que con hierro doma,
y no ve, que hasta el idioma
le grita «¡fuera de aquí!» (Transición.)
¡Miseria de los humanos
y ceguedad de la vista!
¿Dónde hay hueso que resista
al roer de los gusanos?
¿Dónde corona imperial
que ante la muerte no se hunda?
(Mirando al cielo, y llevándose la mano al pecho.)
¡Polvo! El polvo te confunda.
¡Ea, al seno maternal! (Medio mutis.)

PROCUR. Que anuncien la ejecución
con otros dos cañonazos. (A la comitiva.)

D. PEDRO ¡Oh, Manuel! (Extendiendo los brazos.)

FR. MAN. (Le abraza.) ¡Pedro, en mis brazos!

BENAV. ¡No hay clemencia!
(Cayendo sin sentido y apoyándose sobre la mesa.)
¡No hay perdón!

D. PEDRO (A Fray Manuel.) Vamos.

(Reparando en Isabel.) ¡Oh!

FR. MAN. (Deteniéndola.) Dicha ilusoria...

D. PEDRO ¡Isabel!

(Queriendo aproximarse.)

FR. MAN. ¡Ni un solo instante!

(Levándole hacia el fondo.)

D. PEDRO ¡Yo voy delante, delante!...

(Suena el primer cañonazo. Marchando.)

¡Isabel... allí... en la gloria!

(Señala al cielo.)

Suena el segundo cañonazo y baja el telón.

191

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Negociado de

CLASE

Expediente

3 0112 115881374